

fiero que casi toda la noche habian estado en peligro, porque era ya la cuarta vigilia cuando el Salvador bajó á socorrerles; con lo que nos enseñó que si difiere alguna vez ó dilata el auxilio á los atribulados, se compadece al fin de ellos y los consuela y conforta [1]; y permitió un peligro tan largo para enseñarles á ser pacientes, persuadiéndose que si bien es el Señor benigno y misericordioso, no envía ordinariamente los socorros al principio, sino al fin de las tribulaciones para que nos ejercitemos en la paciencia [2].

No estaban empero solos los discípulos de Jesús: la obediencia los habia obligado á separarse de él, y ella los habia hecho entrar en el barco y hacerse á la vela; ella no podia quedar sin premio. Oraba Jesús sobre el monte, y sin duda que su oracion aseguraba á sus discípulos en medio de los peligros: con todo eso ellos se hallaban llenos del temor, y sus angustias se aumentaban, porque no pudiendo volver á la orilla y ganar tierra, les parecia cosa imposible recibir á su Maestro en la barca en el puerto de Bethsayda ni á lo largo de la costa, donde se habian lisongeado poderlo coger. Desde lo alto del collado contemplaba Jesús el embarazo en que se hallaban y leia en sus corazones, oia sus fervorosas súplicas y se complacia en ver cómo se afirmaban en la fe y en la confianza que tenían en él.

Misteriosa en todos conceptos la barca de Simon, es una imagen verdadera de la Iglesia que siempre se ve combatida de las olas de la herejía, de la impiedad y del error, mientras dura la noche de la vida presente. Agitada cuando se hallan solos los discípulos, pero sosegada cuando en ella está el Salvador: por esto en ella sola hay seguridad. Peligros hay en la nave, pero fuera de ella es cierta la perdicion. Cuando reconocido el pecador entra en sí mismo y trata de establecer en su corazon el reino de Jesucristo, no debe temer aunque se vea como nave en borrasca, seguro de que no le hundi-

se llamaba Conticinio, esto es, silenciosa, porque suponian que en ella todos dormian. La segunda se denominaba Intempesta, porque no era aun hora de levantarse. La tercera Galicinio, porque era antes de salir la aurora del gallo. Y la cuarta Antilucana, porque era antes de salir la aurora. Treinta estadios son cerca de legua y media castellana.

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

[2] Theophilact. in eudem loc.

CAPITULO XVIII.

SUCEDE UNA SEGUNDA TEMPESTAD, DURANTE LA QUE ANDAN SOBRE LAS AGUAS JESUS Y SAN PEDRO, Y EN ENTRANDO EN EL BARCO SE SERENA LA BORRASCA.

Al dar Jesús la órden á sus discípulos de que se embarcasen, les mandó pasar primero el pequeño tránsito de Bethsayda á Cafarnaun y después el lago entero, para irse al otro lado á la tierra de Genezareth. No manifestó á persona alguna su intento, y después de haber despedido las turbas y retirándose al monte, pasó casi toda la noche en oracion; y mientras que él oraba, estaba la barca de Pedro en medio del mar agitada y combatida porque les era muy contrario el viento y los apóstoles se fatigaban inútilmente en remar. A pesar de todos sus esfuerzos para resistir, iba la barca á ser arrojada en alta mar por la fuerza de los aires. ¡Qué conflicto! Rodeados de las tinieblas de una noche oscura y profunda, ausentes del Maestro divino aunque por momentos le esperaban, ¿quién habia de ir á ayudarles mientras aquel llegaba? Era tan cruel y violenta la tempestad, que con el trabajo continuo de diez á doce horas, al principio de la cuarta vigilia, esto es, de la vigilia matutina, solo habian caminado como unos treinta estadios [1]. De lo que se in-

[1] Los judios, lo mismo que los romanos y otras naciones, dividian la noche en cuatro partes, que constaban de tres horas cada una: la primera

rán los vientos de la tentacion si tiene propicio al Salvador: el que de todos le pareciese mas fuerte y violento, despertará mas su solitud, avivará mas su fe, ejercitará mas su humildad, para que invoque con mas fervor á Cristo, y se convertirá en viento favorable cuanto mayor fuese la tempestad en que creia perecer. Cuando el entendimiento humano no puede socorrerse á sí mismo, entonces le salva el poder de Dios. ¿Quién tiene mas poder, el tentador para perderte ó Dios para salvarte? El Señor te prueba, pero no te abandona. Podrá tardar, mas espérale con fe; que el que con fe en él espera, no será confundido jamás.

Aunque Jesús ya habia probado muchas veces á sus discípulos, y en esta por bastante tiempo, les prevenia una nueva prueba que habia de servir para la firmeza y edificacion de su fe. Baja del monte fatigado por la larga vigilia y la prolija oracion que habia tenido. Baja solo y de noche de un monte escarpado y pedregoso y descalzados enteramente sus piés; camina sobre las aguas á pié firme sin sumergirse bajo de ellas, permaneciendo su fluidez y la gravedad natural de su cuerpo; conoció la criatura á su Criador, y le obedeció y respetó; pónese de repente á la vista de los apóstoles caminando á paso largo sobre la superficie del mar; á corta distancia del barco y en ademán de pasar adelante; cuando mas se acercaba á ellos, tanto mas temia; y su espanto fué tan grande y tan general, que creyendo ver algun fantasma empezaron á clamar. Si hubiesen comprendido bien lo que Jesús les habia dicho cuando los despidió, hubieran entendido que los significaba que los esperaba en la altura de Bethsaida, para que haria en su compañía el viaje á Cafarnaum.

Cuando inesperada ó impensadamente se multiplican los prodigios á la vista de la criatura á la que Dios visita ó quiere iluminar; son muy consiguientes la turbacion y el temor, y los efectos maravillosos de la gracia se reputan tal vez como ilusiones por la pérfida sujestion del maligno espíritu; así como la soberbia ó indiscreta hipocresía califica de favores ó ilustraciones del Espíritu del amor y de la verdad, las que no son sino fuegos fatuos que inducen al error, producidos por el que todo es engaños, confusion y tinieblas. Así pues se demuestra cómo, aun cuando cada uno de los milagros que obraba Jesús enseñaba de un modo particular á los apóstoles,

no sacaban de él consecuencias que no tenian ejemplo ni acababan de formar una idea cabal del poder de su Maestro. Sabian que curaba los enfermos y que resuscitaba los muertos; acababan de verle multiplicar los panes y de alimentar con casi nada cerca de cinco mil hombres. Por poca inteligencia y penetracion que tuviesen, parece que debieran haber conocido que un hombre que tenia semejante poder lo tenia sin límites, y que no debian turbarse por cualquiera cosa extraordinaria que viesen; pero era tal su ceguedad, que de todo se sorprendian y admiraban. Se sorprendieron y admiraron porque juzgaban al Salvador muy distante de donde ellos estaban, las grandes fatigas que pasaban les hacian como tener olvidado el gran milagro de que tan pocas horas antes habian sido testigos: por esto desconocen á Jesús aun cuando le ven obrar otro tan claro y patente como es el de caminar sobre las aguas: se alucinan, temen, le creen un fantasma y comienzan á clamar.

Claman, dice san Gregorio [1], porque creen la aparicion de una cosa que no existe, y temen sea algun espíritu malo que quiera dañarles. Porque tenian poca fe, por esto aparentaba el Señor que queria pasar de largo, y se portaba de tal manera con ellos, que queria como hacerse de rogar, de la misma manera que caminando con dos de ellos después de su resurreccion, tambien fingió que iba mas lejos porque no le conocian; pues tales apariciones comunmente suceden segun la disposicion interior de aquellos á quienes se manifiestan. Aun en aquella hora aparentaba querer pasar de largo, para que dilatada la gracia les fuese mas grata, mas dulce la deliberacion del peligro, y se inflamase mas su deseo.

Benigno empero el Señor y misericordioso, no quiso diferir mas tiempo su consuelo, no fuese cosa que arredrados mas por el temor se acabasen de confundir: veia que le invocaban con fe y con verdad, no quiso defraudar sus esperanzas, porque escrito está: "Pron-
"to está el Señor para todos los que le invocan, para cuantos le in-
"vocan de veras. Condescenderá con la voluntad de los que le te-
"men, oirá benigno sus peticiones y los salvará. El Señor defiende
"de á los que le aman, y exterminará á todos los pecadores [2]."

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

[2] Ps. 144, vs. 18, 19 et 20.

Por esto les habló, y sus palabras fueron todas de alegría y consuelo: *Tened fe*, les dijo; *yo soy, no temáis*; que fué lo mismo que si les hubiera dicho: *Tened fe* de que seréis libres de la tribulación que tanto os agita y conmueve. *Yo soy* el libertador, no un fantasma; el espíritu del consuelo, de la paz y de la luz, y no el de la aflicción, del terror y de las tinieblas. *No temáis*, porque soy el que puedo y quiero libertaros de este tan grande é inminente peligro. No dijo expresamente quién era, porque conociendo como conocían la voz, luego habían de saber que era el Maestro, ó para que entendiesen era el mismo que en otro tiempo había dicho Moisés [1]. El que es y existe por sí mismo, este es el que me ha enviado á vosotros; y el Crisóstomo confirma este pensamiento diciendo [2]: No conocían la persona del Señor á causa de las tinieblas; habló, le conocieron por la voz, y se desvaneció todo el temor que tenían. Cuando los hombres ó los demonios se empeñan y afanan en derribarnos por el temor, oigamos á Cristo que nos dice: *Yo soy, no temáis*; esto es, yo siempre estoy presente; como Dios permanezco y nunca paso de largo. No perdáis jamás la fe que tenéis en mí por los falsos terrores que se os pueden inspirar ó infundir.

Pedro, entonces, el mas resuelto de todos, que segun su costumbre se animaba y recobraba mas fácilmente, y era mas pronto en inflamarse que los otros apóstoles, demostró en este lance mas públicamente su ternura y amor para con su Maestro. Aunque por algunos instantes experimentó temor como los demás, tan luego como la razón adquirió el predominio que el miedo le había hecho perder y se creyó ya seguro, tuvo ánimo para dirigir el primero la palabra á Jesús y decirle: Señor, si sois vos á quien vemos y no es alguna sombra fantástica, mandadme ir sobre las aguas á encontraros. Dió en esto á conocer el apóstol la firmeza de su fe y la grandeza de su amor, pues creyó sin alguna duda que si era el Señor él le ayudaría á marchar sobre las aguas con la misma seguridad que quería marchaba sobre la tierra. *Ven, le respondió Jesús*, que yo lo quiero así. Al oír Pedro estas palabras se arrojó luego al mar. Caminó sin pen-

[1] Exod. cap. 3, v. 14.

[2] Div. Crisostom. Hom. 51 in Math.

sar en otra cosa que en llegar presto al Salvador. Nada teme y no se hunde. Feliz movimiento aquel que hace que por el desprecio caminen los hombres sobre las aguas de la mundana prosperidad; pero mas feliz el término do caminan, que es Jesucristo Salvador de las almas. Tan grande era el deseo que tenía Pedro de unirse con Jesucristo, que no quería aguardar que llegase á la nave: quiz salirle al encuentro sobre las aguas olvidándose del peligro que en ellas podia tener. En todas partes se pone Pedro como el modelo de la mas sublime y ardiente fe, ni él tampoco creyera dejar de ser sumergido si no la hubiera tenido firmísima en el Señor. Sabia que todo lo podia, y no se le ocultaba que era tan poderoso en el mar como en la tierra. Y en esto se descubrió un milagro mayor, pues no solo Cristo andaba sobre las aguas por la virtud de su divinidad, sino que Pedro tambien caminaba sobre ellas hácia el Salvador por la misma virtud.

Sobrevino entretanto un viento impetuoso y Pedro perdió el ánimo sobrecogido de terror, por cuya falta de confianza mereció verse repentinamente privado del apoyo que le sostenia. Abrese éste le luego el mar bajo sus piés; siente que va á sumergirse, pero al menos no se olvida que está cerca de su amado Maestro. *Salvame, Señor*, le dice, que estoy perdido. Amábele mucho Jesús y no quería dejarle perecer; alargóle su mano omnipotente y salvadera, y oteniéndolo dijo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* Arrojó la fe en su corazón, pero la flaqueza humana la debilitó á la vista del viento fuerte é impetuoso. El Señor, que le hacia caminar sobre las aguas para darle á conocer su omnipotencia y divinidad, permitió que se hundiese para que no se olvidara de su propia debilidad, y aunque caminase sobre las aguas, no se creyera igual á Dios y se ensoberbeciera. Es entregado por un poco de tiempo á la tentación y á la prueba, para que aumentándose ó creciendo su fe por la oración, conocza que solo por la virtud del Señor puede ser librado. No debió temer cualquiera que fuera el viento que sobreviniese, puesto que veía que la obediencia al precepto de Jesús era la que le daba agilidad y consolidaba la fluidez de las aguas bajo sus piés. Nada hubiera podido dañarle un viento contrario, por mas impetuoso que hubiese sido, si su fe hubiera sido firme. De todo lo que infiere y

concluye san Gerónimo [1]: Si al apóstol Pedro que con tanta confianza había rogado al Salvador diciendo: Señor, si eres tú, mándame que vaya á tí sobre las aguas; porque tan sólo en poco se le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? ¿Qué se nos da á nosotros, que de esta poca fe ni aun tenemos la mas mínima parte? Dicho esto, condujo Jesús á Pedro á la nave y entró en ella con él, y tan luego como estuvieron dentro cesó el viento y se acabó la tormenta, con lo que demostró el Señor otra vez que era tan dueño de los vientos como de los mares.

Un nuevo pavor y espanto causó esto á los discípulos de Jesús, los que al parecer no quedaron del todo asegurados, hasta que poco á poco se fueron recobrando los espíritus, porque este nuevo milagro los admiró de modo que estaban como fuera de sí mismos. Ya no pensaban en la multiplicación de los panes, ó por lo menos no les parecía cosa tan grande en comparación de esto, por lo cual impelidos todos ellos de un respeto extraordinario se echaron á sus pies, diciéndole: Vos, Señor, sois verdaderamente Hijo de Dios; y la adoraron con profunda veneración y respeto.

Turbáronse los apóstoles que habían quedado en el barco, no solo porque oían ya de cerca la voz de Jesús, sino porque le veían y tenían en su compañía, y creían ser reprendidos por no haber seguido á Pedro, echándose sobre las aguas para ir á buscarle en el mar; pero esta turbación carecía de fundamento por parte de aquel que era la bondad suma, y siempre recibe con infinito amor al que acude, sea el tiempo y la hora que fuese. Turbarse solamente debe y atemorizarse á la vista de la verdad, el que no la escucha ni da lugar á que en su corazón penetre. Jesucristo, verdad eterna, con su palabra y presencia ahuyenta el temor y cría la confianza. Los humildes conocen y distinguen perfectamente la palabra amorosa de aquel que es su único consuelo y esperanza, aun en medio de las densas tinieblas de una horrible tentación. Su presencia serena todas las borrascas y disipa los vientos de las mas espantosas tribulaciones. Preséntase Cristo en el corazón por la fe, por la esperanza y por el amor; y no hay ni puede haber en él sólida y

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

verdadera paz si no estriba en este indestructible cimiento; siendo lo mas digno de atención y reparo que cuando menos lo piensa la criatura y se cree mas expuesta y á punto de perecer, entonces va á ella y la visita el Señor con su gracia, calmando visible y milagrosamente los fuertes embates que la contrastaban; sobre lo que dice san Bernardo [1]: Muchas veces leemos que la navicilla de los discípulos fué azotada por las olas y los vientos, pero nunca sumergida; porque siempre Dios asiste á los suyos en la tribulación en cumplimiento de sus promesas: así pues aunque la tormenta arrecie, nunca te creas abandonado, sino acuérdate que está escrito: *Yo estoy con él en la tribulación.* Mientras en ella te halles, ¿qué otra cosa mejor puedes buscar? Bueno es pues para mí, ¡oh Dios y Señor mio! que sea atribulado, con tal que tú estés conmigo; y mas apetecible y gloriosa es la tribulación que vivir sin tí, gloriarse sin tí y reinar sin tí.

No se llega á Jesús con amor y fe sin experimentar presto los efectos de su bondad. Luego que se juntó con sus apóstoles, habiendo cesado el viento contrario, quedó el mar enteramente tranquilo, é hicieron su camino con tanta ligereza, que les compensó los trabajos de toda la noche. No se había perdido Jesús para ellos, ni para que no viesen medio de volverse á juntar con su Majestad. Habían padecido y habían obedecido. Su constancia y rendimiento les atraeron el colmado consuelo de que gozaban. Así que, aunque las almas fieles en el tiempo de la tentación se imaginen á cada momento perdidas ó cerca de perecer en medio de la tempestad y de la prueba, vendrá la serenidad; entre tanto Jesucristo está presente aunque al parecer escondido; él se dejará ver y se conocerá que jamás se ha corrido por los caminos de Dios ni con mas rapidez, ni con mas seguridad, ni con mas dicha.

San Agustín saca de aquí un gran cúmulo de doctrina, y dice [2]: Tres milagros concurren y se obran pronta y sucesivamente y son, el caminar sobre las aguas, el calmar repentinamente la tempestad, y el llegar velozmente al puerto donde se dirigen, aunque muy distantes de él; pues sin mucho trabajo, guiados por Jesús, avanzaban

[1] Div. Bernard. in Psal. Qui habitat.

[2] Div. August. Serm. 13. De verb. Dñi.

los apóstoles sensiblemente, y en poco tiempo llegaron á tomar tierra sobre la costa oriental de Genezareth, á alguna distancia de Cafarnaum, para que aprendamos que los que fielmente siguen á Cristo, calcan la soberbia del mundo, pisan las olas de las tribulaciones y llegan con velocidad á la tierra de los vivientes. El siglo es como el mar; el viento fuerte y las olas embravecidas son los apetitos y deseos de cada uno. Si amas á Dios, caminas sobre el mar; bajo tus piés está la soberbia hinchazon del siglo. Amas al mundo, él te absorberá, porque acostumbra á tragarse á los que le aman, no á salvarlos y conducirlos al puerto. Fluctúa y está á punto de naufragar tu corazón por el deseo, invoca el auxilio y la divinidad de Cristo. Aprende á pisar y cancular el siglo asíéndote de la fe de Cristo; porque si tu pié no está firme, si titubeas, si no superas la fuerza de los vientos, te hundes sin remedio. Di al Señor: Perceco, librame: dié, perececo, por no perecer; pues solo te librará de la muerte de la carne el que por tí murió en carne.

No es de admirar, dice Beda [1], si subiendo Cristo á la nave cesa de repente al viento; pues en cualquiera corazón que entra con su gracia y amor, al instante se comprimen y callan todas las pasiones, se enfrenan todos los vicios y se disipan las sugestiones de los espíritus malignos; porque por Cristo pasamos del golfo á la playa, de la borrasca á la serenidad, y llegamos al puerto aperecido con prontitud y seguridad. Saltar á tierra Jesús y sus apóstoles y ser conocidos, todo fué uno: la fama de su vuelta voló con rapidez por toda aquella comarca. Los cafarnaitas se alegraron sobremanera y aprovecharon esta bella ocasion para recibir de nuevo otras pruebas de las infinitas misericordias del Salvador.

Con aquella moderacion y pausa que tanto distinguía á Jesús y cuyo carácter amable y encantador le ganaba todas las voluntades, recorría aquellos lugares y aldeas para darles tiempo á que le presentasen todos los enfermos; los que podian caminar acudían á su presencia, y los tullidos é impedidos se hacían llevar en camillas. El primer espectáculo que hería su vista era una tropa de enfermos tendidos en la plaza pública implorando su socorro. Los triunfos

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Marc.

mas bellos de los conquistadores de la tierra no tienen cosa alguna que sea comparable con estas entradas llenas de misericordia, de un hombre pobre seguido de desdichados y desvalidos, cuyas aclamaciones todas son deseos ardientes que solicitan milagros y acciones de gracias que los publican: estas no respiran ni despiden de sí sino misericordia y clemencia, aquellas terror y espanto: las unas publican la salud y la vida, las otras la miseria y la muerte: las primeras convierten los deseos en inmensas y hermosas poblaciones, las segundas reducen á cementerios las ciudades mas populosas. Un conquistador terreno es un exactor injusto, que con la espada en la mano se hace pagar los ominosos impuestos de sangre y de dinero que le dictan su ferocidad y su insaciable avaricia: el conquistador divino nada quiere ni exige, sino la sumision del entendimiento en obsequio de la fe y de las verdades que anuncia, porque en ello se cifra la temporal y eterna felicidad: así hace hijos que engendra la misericordia, pare el amor y cria la mas santa y dulce esperanza. Devuelve á los padres los hijos moribundos y muertos, los criados á sus amos, y á los verdaderos dueños las cantidades que les usurpó la usura. El conquistador terreno va siempre precedido, acompañado y seguido de soldados y escuadrones, de alabarderos y littores, y de toda clase de gente armada; porque solo así cree segura su persona y asegurada la posesion de lo que ha conquistado y robado á su verdadero y legítimo dueño: el menor ruido le asusta, la reunion mas insignificante le conmueve y agita, y aun los cánticos de alegría y contento le trastornan y amedrentan, porque sabe que solo reina por el terror y que sus obras no pueden ganarle corazones ni amigos. El conquistador divino no necesita de la fuerza para establecer su imperio: su nombre es el de Príncipe de la paz; su reino es el de todos los siglos; sus ministros en el cielo son los ángeles de paz, en la tierra los pobres, los mansos y los humildes, cuyos honores no usurpa, cuyos bienes no codicia y cuya sangre no derrama; por esto gana sus corazones con la clemencia, los domina con la mansedumbre y reina en ellos con el amor: no teme las conmociones ó movimientos de los pueblos, ni las reuniones de las turbas, ni las ligas ó sediciones que tan frecuentemente se forman contra los usurpadores y tiranos. El uno no hace sino esclavos, el otro

no hace sino libres; pero libres del infierno y de la muerte. El uno se esconde y atrinchera entre sus guardias y en los castillos y fortalezas, sin permitir que nadie á él se acerque, y el otro no solo permite y consiente, sino que busca, llama y convida á todos los vejados y oprimidos, y cargados con las onerosas cargas de las culpas y las insoportables de las enfermedades mas crueles para que vayan á él á buscar el alivio y la salud con el seguro de que allí lo encontrarán.

Parece cierto que la fe de aquellas buenas gentes habia llegado al grado mas alto de perfeccion al ver el entusiasmo con que todas corrian en pos de Jesús; san Gerónimo no titubea en llamarle admirable, y dice [1]: Admirable fe la de aquella gente, que no contentos con la salud de los presentes, convocaban los enfermos de las ciudades del contorno para que acudiesen á tan grande médico á buscar su salud, firmemente persuadidos de que no se agotaria el caudal de su misericordia. Se conoce que esta fe andaba unida á la caridad, porque á todos buscaba y convidaba con el bien, persuadiéndoles á que le rogasen que por lo menos les permitiese tocar el ribete ó la orla de su vestido, porque así tambien conseguirian la salud.

Con inefable bondad y con una clemencia que no es posible explicar, dejaba al Señor que se acercasen á tocarle así turbas inmensas de enfermos que le seguian, tanto que llegaban casi á oprimirle: tanta era la confianza y libertad que á todos inspiraba su liberalidad y dulzura. El feliz y buen despacho de los unos animaba á los otros, y ninguno llegaba valiéndose de su amorosa condescendencia, que no viese inmediatamente cumplidos sus deseos. Ocupado sin intermision en estos ejercicios de caridad y celo, llegó el Señor á Cafarnaüm, de donde solo habia estado ausente dos dias. Tal fué el descanso que tomó en este tiempo, que debiera al parecer haber destinado á un reposo necesario después de un mes de correrias llenas de trabajo y fatiga. Aunque fatigable como hombre, era incansable como Dios, y el Espíritu de la divinidad que le animaba, infundia tan grandes alientos á la humanidad de su carne benditísima,

[1] Div. Hieronim. in Math. lib. 2, cap. 14.

que en todo era singular, admirable é incomprensible. Así no solo el tiempo de sus mansiones en las ciudades ó aldeas, sino hasta el penoso de sus viajes, lo empleaba en la instruccion de los ignorantes y en el consuelo de los afligidos; y así enseñaba á sus apóstoles y en su persona á todos los operarios evangélicos, que para ellos no ha de haber tiempo ni dias inútiles, y que aquellos en que no se procura la mayor gloria de Dios y el provecho del prójimo, son dias enteramente perdidos. No nos contentemos pues con atraer pecadores al Señor por medio de los ejemplos, predicacion y doctrina, sino roguemos eficazmente por ellos, para que atraidos, nunca se separen de Cristo, que es la fuente inagotable de la salud. No es menos eficaz su gracia para sanar las almas, que la orla de su vestido para sanar los cuerpos. Cualquiera cosa de Cristo es mas que suficiente para santificarnos, atendido el poder de su divinidad. Nosotros no tenemos solamente y tocamos la orla de su vestido, dice el Crisóstomo [1], sino que tenemos todo su cuerpo y sangre y lo comemos: y si los que tocaban aquella recibian tanta virtud, ¿cuánto mayor deberá ser la que nosotros percibamos sumiendo su cuerpo? Corre pues tú, cualquiera que sea la enfermedad que te aqueje, al autor de la salud y la vida, para que merezcas alcanzar la perfecta curacion de tu alma y de tu cuerpo.

ORACION.

Clementísimo Dios y Señor mio Jesucristo, dignate por tu gran misericordia subir en el débil barquichuelo de mi pecho y calmar los vientos impetuosos de la soberbia y las entumecidas olas de los vicios que la agitan y conmueven, no sea cosa que alguno de ellos me haga flaquear en la fe y me hunda y pierda para siempre. Dame consejo en medio de las turbaciones de mi espíritu, auxilio en las persecuciones, consuelo en las tribulaciones, fortaleza en las adversidades, y en toda tentacion fuerza y virtud para resistir. Librame de las tempestades del proceloso mar de este mundo, y condácame á la tranquilidad de la quieta playa; y ahora en la vi-

[1] Div. Crisostom. Hom. 51 in Math.

da concédeme la paz interior y exterior que sabes necesito, y después la paz eterna de la gloria, en la que para siempre te alabe. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo corresponde al VI de san Marcos desde el versículo 45 al 56. Al XIV de san Mateo, desde el 23 al 36; y al VI de san Juan, desde el 16 al 21, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Marcos en el Evangelio de la misa del sábado después de Ceniza, desde el versículo 47 al 56, y de el de san Mateo en el de la misa de la octava de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, día 6 de julio.

Los dos Evangelistas difieren algun tanto en la narración histórica del suceso, pues san Marcos omite aquello que san Pedro dijo á Jesús: "*Si eres tú, mándame ir hacia tí sobre las aguas*: y lo demás que sigue, hasta que le reconvinó el mismo Salvador, diciendo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?*" Que son los versículos 28, 29, 30 y 31 de san Mateo, en el citado capítulo XIV; siendo de advertir que san Juan tampoco menciona esta ocurrencia.

Hecha esta salvedad, transcribiremos el texto de san Marcos según la costumbre que hemos adoptado.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SÁBADO DESPUES DE CENIZA.

San Marcos, cap. VI, vs. 47 al 56.

En aquel tiempo, llegada la tarde, estaba el barco en medio del mar [1] y Jesús solo en la tierra. Y viendo que sus discípulos re-

[1] El mar de Galilea ó de Tiberiades, esto es, el estanque ó la laguna de Genezar ó de Genezareth, que se llama mas propiamente el mar de Chinezareth ó de Cinerot (*), se forma por la afluencia de las aguas del Jordan en la anchura de un muy anchuroso y ameno valle. Su agua es dulce y saludable; es muy abundante en pescado de varias clases, de una singular bondad y exquisito sabor, y está rodeado de bellísimas y amenas ciudades. A la parte de Occidente se hallan situadas Cafarnaum, Bethsaida, Magdalo, Tyberíades y Tharicea; y á la de Oriente se hallan Corozain, Gamala, Ju-

(*) Egesipp. lib. 3, cap. 26. Josefo. lib. 3. De Bello Judaic. 18. Plin. lib. 5, c. 15.

maban con gran trabajo porque les era contrario el viento, á eso de la cuarta vigilia de la noche fué hácia ellos caminando sobre el mar é hizo ademán de pasar adelante; mas ellos luego que le vieron que andaba sobre las aguas, juzgaron que era fantasma, y gritaron porque todos le vieron y se turbaron. Pero Jesús les habló luego y dijo: Tened confianza, soy yo, no temáis. Y subió al barco donde estaban ellos y calmó el viento. Y creció mas el asombro en que se hallaban. Porque aun no habían reflexionado sobre el milagro de los panes, porque su corazón estaba aun ofuscado. Y habiendo atravesado el lago llegaron á la tierra de Genezareth y abarcaron allí. Mas apenas desembarcaron cuando luego fué conocido, y corriendo por toda aquella tierra empezaron las gentes á sacar en auidas todos los enfermos, llevándolos á donde él iba que paraba. Y do quiera que llegaba, fuesen aldeas, ó alquerías, ó ciudades, ponían los enfermos en las calles y le rogaban que les dejase tocar siquiera la orla de su vestido. Y todos los que le tocaban quedaban sanos.

Viendo á Hippo. El principio de este mar dista de las aguas de Merón ó del lago de Samacoutida, treinta y cinco millas, y setenta y cinco de las fuentes de Yoe y de Dan; y su extremidad dista ciento de Aspharites y treinta y seis de Jerusalem. Tiene de largo diez y seis mil pasos y seis mil de ancho. Tal es el mar dichoso por el que navegó Jesús tantas veces, de cuyas peces y aguas comió y bebió, en cuyas orillas habitó, sobre el que caminó, y cuyas tempestades y vientos calmó y aplacó.

